



UN TREN EN PASARELA





- **Tres conocidos modistas, una casa de joyería y otra de peluquería hicieron posible a NO-DO y TVE una espectacular filmación.**
- **Nueve maniqués lucieron en la ocasión alhajas y vestidos valorados en bastante más de cien millones de pesetas.**

ESPECIAL DE RENFE, CONVERTIDO PARA MODELOS DE ALTA COSTURA

AQUEL día, 25 de mayo, amaneció muy propicio a los fines de NO-DO y TVE. Sol radiante, temperatura magnífica, vía libre para el tren de RENFE especialmente dispuesto —unidad eléctrica 440— a los efectos de filmar un reportaje a «todo tren» sobre los últimos modelos de alta costura. Tres prestigiosas firmas acudían a la excepcional pasarela de cincuenta kilómetros, línea Madrid (Chamartín)-El Escorial: Pedro Rodríguez, Conchita Vilamitjana y Moda del Sol. Con el concurso, en materia de complementos, del joyero madrileño Jesús Yanes y el peluquero José María Rachel's.

A las nueve de la mañana, entre la animada concurrencia y los apresuramientos inevitables, no era difícil distinguir al pasaje de este «tren de la moda española». Precisamente porque la distinción es una dote de las maniqués. Que eran nueve; morenas unas —las españolas, sin duda—, rubias las otras —extranjeras quizás—, altas y delgadas todas, naturalmente. Como en el preámbulo de una representación escénica, las chicas esperaban el momento de partir cuidándose el maquillaje, borrando las últimas huellas del madrugón o las exigencias de la puntualidad.

Ana María Muñoz —la esposa del conocido periodista Alfredo Amestoy— que, por encargo de NO-DO, se ocupaba de la buena realización del reportaje, tenía allí la voz cantante. No sólo había que embarcar a las maniqués («¡Chicas, que

nos vamos!»), «¿Dónde están las de Pedro Rodríguez?... Pero, ¿dónde se han metido?»...), sino también el abundante vestuario, colgado de un gran perchero deslizante, y el resto del material necesario en estos casos.

LAS MATAS, PASE EN EL ANDEN

Se desciende por fin al andén. Uno no sabe por qué razón el grupo de maniqués guarda el orden y el pudoroso recato de una comunidad de monjas. Obediencia y docilidad capaces de despejar el lógico interés del público. Luego, «trapos» —que cuestan millones— y otros bártulos son aupados al tren. La cámara de NO-DO, gobernada por la mano experta de José Luis Sánchez de Blas —a quién auxilian Vicente Díez y José Delgado— impresiona sus primeras imágenes: las maniqués suben a bordo, con modelos más bien «sport». Portan maletas y otros artículos propios de un viaje. Se asoman por las ventanillas como para despedirse de nadie en particular. Y el tren comienza la marcha; su holgura, una vez cerradas las puertas, daría como albergue a los implicados en tres o cuatro reportajes como el presente. La 440 es un interminable pasillo por el que airean su palmito las maniqués, mientras operadores y fotógrafos —aquí está Agustín Calvo, el reportero gráfico del G.I.D., siempre ojo avizor— disponen tomas, sugieren posturas, estudian encuadres.

Llegada a la estación de Las Matas. En los andenes, y aprovechando el tiempo disponible entre las travesías de los trenes ordinarios, se improvisa un pase. Las maniqués van del tren a la cantina, se exhiben delante del edificio de la estación. Viajeros y ferroviarios, hombres y mujeres, niños y niñas siguen con embelesamiento el desarrollo de la filmación, que dura quince o veinte minutos. Y de nuevo al tren.

El paisaje viste también sus mejores galas, las de la primavera. Árboles que recobran su verdor, y muchas flores. Para brevemente el tren en Torrelodones, y más allá, en Villalba otro poco.

EL ESCORIAL: UN POTOSI EN JOYAS

Hemos entrado en El Escorial, donde rinde viaje el «tren de la moda». La 440 queda estacionada en vía segunda, andén segundo. El despliegue del equipo es aquí más espectacular. Las maniqués aparecen y desaparecen, cada vez con modelos distintos, en casi todas las tonalidades del arco iris. Parte de ellas, visten modelos de calle, menos frívolos, se mueven por el andén principal, ojean revistas en la librería, posan frente a las cámaras. Otras, descienden del tren luciendo llamativos vestidos de noche, bajo un sol esplendoroso sólo mitigado por las sombras de los árboles y la marquesina de la estación. La voracidad del celuloide y las miradas curiosas (ojos femeninos, sobre todo) de la gente que hace corro en torno a protagonistas y cronistas del singular acontecimiento ponen contrapunto a la escena.

Trajes caros, carísimos, modelos diseñados por Pedro Rodríguez, Conchita Vilamitjana y Moda del Sol, desfilan por la estación escurialense. El joyero Yanes, como quien abre un puesto de venta de bisutería en un zoo, realza la elegancia de los vestidos con alhajas que valen en total —nos confía— alrededor de los cien millones de



pesetas!. Entonces, son «de verdad» los collares de diamantes, las pulseras de platino, los pendientes de coral, perlas, ónice, cristal de roca; los zafiros, las turquesas y una larga serie de piedras y metales preciosos. Las chicas, a pesar de la costumbre profesional de abrigar sus cuellos, sus manos y sus brazos con ricos aderezos, no pueden disimular el asombro. Treinta mil, cincuenta mil pesetas es el precio de los pequeños bolsos-estuche que acompañan a los vestidos de noche. En fin: cien millones de pesetas han viajado en el maletín de Yanes, y las máquinas se cimbrean de acá para allá con una fortuna a cuestas, que pesa a veces muchos quilates y, alguna pieza, incluso media docena de kilogramos.

ROSAS Y GOLONDRINAS

Frente a la estación de El Escorial hay una torre de mando, a cuya parte superior se accede por una escalerilla con balaustre. Justo debajo de la cabina acristalada, las golondrinas han colgado infinidad de nidos. Los pájaros primaverales por excelencia, revolotean ahora sobre las cabezas de tres modelos cubiertas enteramente de blanco, quienes desfilan desde el segundo descanso de la escalera hasta el nivel de las vías. La secuencia puede quedar redonda. Lo veremos en el NO-DO; por la tele, ya se emitió el primer viernes de junio.

Ana María Muñoz y José Luis Sánchez tratan sobre la conveniencia de filmar unos planos al lado de unos rosales adosados a la casa donde está instalada la cantina. La idea de José Luis prevalece, y la cámara entra en acción para reunir en un mismo ramo las rosas del jardín y las flores con talle de mujer. Habrá seguido un corto rodaje a las puertas de la cantina, aunque para vestidos más ligeros y aire desembarazado.

Los relojes ya han rebasado el mediodía, y la 440 vuelve a elevarse de ese mundo fantástico,

asequible, ¡ay!, para tan pocos. Hay urgencia en regresar al punto de partida. El camino a Madrid es velozmente resuelto. Las maniqués, desprendidas del atuendo de la ceremonia recién termina-

da, se relajan en sus asientos. El verde del campo y la transparencia del aire recobran a los ojos de todos su precio natural y su hermosura. G. (Fotos: AGUSTIN CALVO).

